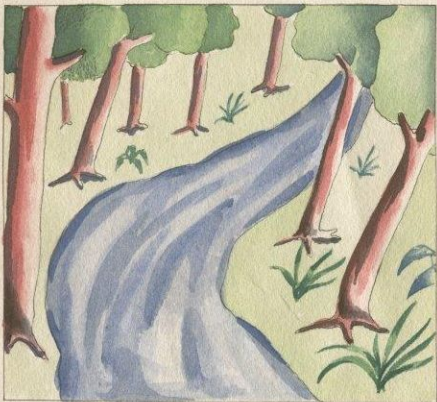


Cuento
para
Pequito



Reformatorio 19 marzo 1940



El sueño de Pepito
Cuento

Texto de Eusebio Oca. Ilustraciones de V. Olcina

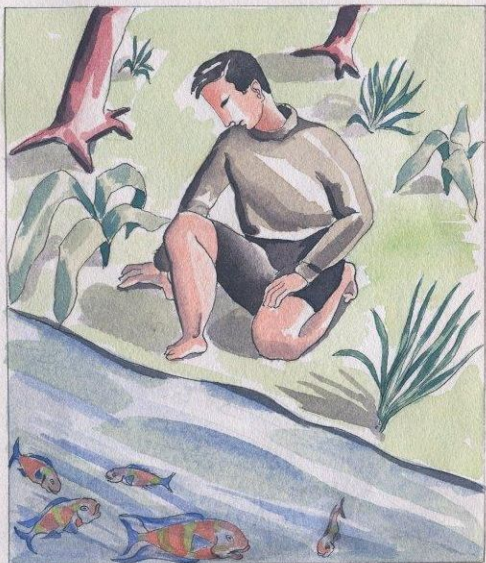


El Sueño de Pepito.

.... **Y** cada vez que Pepito iba al río, se quedaba embobado mirando los peccecitos de colores. El río corría entre árboles altos y verdes. Los veía cruzar veloces en las claras aguas; formar círculos; perseguirse los unos a los otros y dar vueltas enseñando al sol sus vientres de plata.

A Pepito le gustaban mucho. Les llevaba miguitas de pan y se las tiraba riéndose feliz, al ver que, con sus hociquitos se las disputaban, hasta que uno, tal vez más listo que los demás, abría la boca como si fuera una o y se las tragaba.

Pepito quería llevarse los peccecillos a su casa pero no sabía como pescarlos. Hasta que un día — ¿No os he dicho que Pepito es muy travieso? — cogió un bote que su mamá tenía para el café molido y atándole un cordel, lo dejó caer al fondo del río



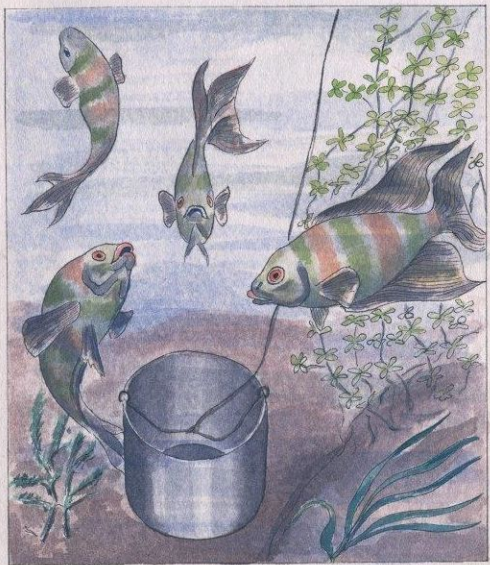
con la esperanza de que los peces se metieran dentro.

Su desilusión no cabía en estas páginas. Los peces daban vueltas alrededor del bote, pero como si supieran que Pepito quería convertirlo en su cárcel, ninguno se metía en él. Sacó el bote y les tiró piedrecitas de la orilla haciéndoles huir.

Malhumorado, volvió a su casa pensando el medio para coger a los pobrecitos peces, y pensando pensando se quedó dormido.

Vio, en sueños, un río muy ancho, muy grande y con aguas que corrían con un ruido que se parecía mucho a los truenos de las tormentas.

Los pececillos, a los que él tiraba mollitas de pan, estaban acurrucados en una revuelta del



rio escondidos detrás de una piedra. Porque en el río ya no había paz. Un enorme animal perseguía sin piedad a todos los animalitos del río, y, sin darles tiempo a que se escondiesen, se los tragaba enteros.

Los ojos del enorme pez, brillaban como dos carbones encendidos, y estaba furioso porque esa mañana aun no había desayunado.

Los pececillos de colores temblaban de miedo pues oían terribles aletazos de su enemigo. Se acumulaban cada vez más hasta que de un tremendo coletazo el animalote separó la piedra que los protegía y los vio allí tan quietecitos. Abriendo su bocaza se dirigió a ellos con intención de tragárselos, pero ellos, con una pirueta de titiritero, dieron un brinco y pudieron escapar a los colmillos del animal.

Enfadado este, se dirigió otra vez sobre los asustados peces y se los hubiera tragado si en aquel



momento no se hubiese despertado Pepito que, arrepentido de haberles tirado piedras y haberlos querido pescar, les llevó todo el pan de su merienda y, con palabras cariñosas, les dijo que ya no intentaría separarlos de las queridas aguas de su tranquilo río.

Fin.

